



# Huracán asesino en Galveston

EL JOVIAL PUERTO DE TEXAS, CONVERTIDO EN "CIUDAD MUERTA"

Cortesía: Artículo tomado del libro de GRANDES DESASTRES; editado en México por Selecciones Reader's Digest México, S.A. de C.V. con autorización

**R**etropectivamente, es fácil darse cuenta de que Galveston, Texas, era en 1900 un desastre en ciernes. Concurrido lugar de recreo, principal puerto y ciudad más rica de su estado, Galveston había sido construida en una isla arenosa de escasa altura, frente a la costa texana del Golfo de México. Las calles estaban a una altura de entre 1.50 y 2.70 m sobre el nivel promedio de la marea alta.

Pero en aquella época a los habitantes de Galveston les tenía muy sin cuidado su ubicación; uno de ellos decía que su ciudad tenía "el encanto del soñador", que induce a olvidarse de los peligros. Y, a decir verdad, siendo que estaba situada en la ruta de los huracanes, Galveston había tenido mucha suerte. Los "desbordamientos", como denominaban los habitantes a las inundaciones causadas por las tormentas, eran frecuentes en la isla, de 48 km de longitud, pero nunca habían provocado una gran pérdida de vida o de propiedades. Como protección contra las inundaciones, casi todas las casas estaban a varios decímetros sobre el nivel de las calles; si ocurría un "desbor-

damiento", lo normal era que la ciudad continuase de fiesta.

De modo que cuando el martes 4 de septiembre de 1900 llegó a las oficinas del Servicio Meteorológico Estadounidense en Galveston la noticia de "una tormenta tropical procedente de Cuba con dirección al norte", no produjo mayor alarma; se trataba de una notificación muy común en esa época del año y, además, la tormenta se dirigía a Florida. Durante los tres días siguientes Isaac Cline, director de la estación meteorológica de Galveston, y su hermano Joseph, su principal empleado, registraron en forma rutinaria el curso de la tormenta según los informes que recibían de Washington. No obstante, tras inundar algunas partes de Florida como se había pronosticado, súbitamente la tormenta cambió de rumbo el jueves por la tarde y giró hacia el oeste sobre las aguas del Golfo.

**Todo transcurría como siempre en Galveston cuando la mortífera tormenta puso la mira en aquella vulnerable ciudad**

A las 10:30 de la mañana del viernes, Isaac Cline recibió

instrucciones de izar las banderolas que indicaban peligro de tormenta. El viento soplaba con una animosa velocidad de 27 km por hora cuando Isaac subió a la azotea de la estación e izó banderolas: un triángulo blanco, que significaba "dirección noroeste", y un cuadrado rojinegro, que indicaba tormenta "de pronunciada violencia". Pero a nadie le importó gran cosa.

Conforme transcurrió el día, los hermanos Cline observaron la resaca creciente y los progresivos nubarrones; el barómetro seguía bajando, señal de que se acercaba una perturbación meteorológica grave. Pero había un indicio favorable: el cielo no tenía el resplandor rojizo que suele preceder a los huracanes. A medianoche el cielo se había despejado un poco y la luna alumbró la isla; tal vez, como lo supuso un reportero del *News* de Galveston la mañana del sábado, la tormenta había "cambiado su curso o agotado su fuerza antes de llegar a Texas". Pero el reportero estaba en un error.

Hacia la 1:00 de la noche del sábado 8 de septiembre, Joseph Cline terminó de trabajar en la estación meteorológica y se marchó a la habitación que tenía en casa de su hermano, a cuatro cuadras de la playa. Joseph durmió mal esa noche; se despertó a las 4:00 con "una sensación de desastre inminente", como diría más tarde. Se asomó a la ventana y vio que las aguas del Golfo habían inundado el patio trasero, lo cual significaba que la marea había subido por lo menos 1.50 m más que lo normal. Tras deliberar brevemente con su hermano, Joseph regresó a la estación meteorológica; Isaac enganchó su caballo al carro y salió a alertar a quienes vivían cerca de la playa.

Isaac Cline no logró gran cosa. Aunque hubo quien prestara oídos a su advertencia y se retirara al centro de la ciudad, más alto que el resto, casi todo el mundo permaneció donde estaba, pensando que se trataba de un simple "desbordamiento". Mucha gente acudió a la playa para presenciar el espectáculo que se avecinaba. A las 8:45 de la mañana comenzó a llover un poco. Unos momentos después



La calle Strand, activa arteria comercial de Galveston, representada en el climax del huracán. En la pesadilla de vientos ululantes y aguas agitadas, las personas y los animales luchan por mantenerse a flote

de las 10:00, Joseph Cline recibió de Washington instrucciones de cambiar una de las banderolas porque para entonces la tormenta se dirigía al noreste; izó la banderola respectiva pero el viento la derribó al poco tiempo, pues había arreciado. Unas horas más tarde, abatió también el asta.

A mediodía la lluvia y el viento habían cobrado una fuerza impresionante y varios miles de habitantes se esforzaban, tardíamente, por llegar a las partes más altas. Tenían que pugnar para no ser derribados por la tormenta, y los despojos que el viento arrastraba, que podían ser hasta bloques de madera arrojados al pavimento, les impedían caminar. Después de mediodía, la

mitad de la ciudad estaba anegada y las calzadas que conducían a tierra firme habían sido destruidas.

Hacia las 2:30 de la tarde Joseph Cline regresó a la estación meteorológica para revisar los instrumentos y halló que el pluviómetro estaba roto. La última lectura había sido de 32 mm, pero aún habrían de caer otros 255 mm de lluvia sobre la ciudad. En aquel momento el viento tenía una velocidad de 56 km por hora, con ráfagas de hasta 68 km por hora; la presión barométrica era de 74.45 cm y seguía descendiendo.

Después de haber pasado casi toda la mañana y parte de

la tarde en la orilla del mar, tratando de convencer a la gente del peligro que corría, Isaac Cline regresó a su casa para ver cómo estaban su esposa y sus tres hijas.

Por su parte, Joseph fue a la oficina de la Western Union para enviar un telegrama a Washington, pero se habían perdido todas las líneas; por fortuna, pudo telefonar a Houston y dictar su informe precisamente antes de que esa línea también se perdiera. Galveston estaba incomunicada. Como ya no había nada que hacer en la estación meteorológica, Joseph regresó a casa de su hermano hacia las 5:00 de la tarde. Para entonces en muchas calles el agua lle-

gaba hasta el cuello; las tejas volaban con fuerza suficiente para decapitar a una persona, pero Joseph logró llegar a casa al cabo de media hora. Una vez dentro, halló que allí estaban unos 50 vecinos, confiados en que la casa de los Cline soportaría mejor la tormenta que las suyas.

Hacia las 5:30 el barómetro había bajado a 73.53 cm, y el anemómetro de la estación se había roto después de marcar una velocidad del viento de 135 km por hora, con ráfagas de hasta 160 km. por hora. En las horas siguientes, cuando la tormenta alcanzó su climax, los vientos seguramente fueron entre 160 y 190 km por hora.